



El feminismo socialista
contemporáneo en el
ámbito anglosajón

Cristina Molina Petit



Mi exposición se va a centrar en las feministas socialistas norteamericanas -con algunas referencias a autoras inglesas claves como Sheila Rowbothan- porque entiendo que las norteamericanas son las que mejor han centrado los términos del debate y las que han contribuido, en mayor medida, a un desarrollo teórico del feminismo socialista. El hecho de contar con plataformas en el mundo universitario y con oportunidades y recursos en los medios de difusión escritos, ha ayudado, sin duda, a estimular y enriquecer el debate: no olvidemos que en casi todas las universidades importantes norteamericanas funcionan desde los años sesenta Departamentos de Estudios de la Mujer y que revistas tan prestigiosas como "New Left Review" y "Socialist Review" han abierto sus páginas a las feministas. Por último la revista "Signs" es un claro exponente de las ideas y las discusiones de las feministas socialistas: Iris Young, Zillah Eisenstein, Nancy Fraser, Seyla Benhabib y un largo etcétera son allí colaboradoras habituales.

Quiero precisar que no me voy a extender en la obra de Nancy Fraser ni de Seyla Benhabib, no porque no las considere dentro del feminismo socialista, sino porque ambas corresponderían a un segundo modelo de la teoría feminista, fuera ya del marxismo ortodoxo, digamos, y articulan sus debates en torno a los problemas planteados por la Teoría Crítica con sus nuevos paradigmas y sus nuevos núcleos temáticos. En este momento, se abandona, en efecto, la primacía de la "producción" con su paradigma de base sujeto-objeto para sustituirlo por el nuevo paradigma habermasiano de la intersubjetividad comunicativa.

El feminismo socialista, a pesar de no haber tenido el poder de convocatoria del feminismo liberal, ha gozado en general, de muy buena salud teórica. La razón de no

haber tenido aquel poder de convocatoria del feminismo liberal puede entenderse si se considera que sus propuestas no van dirigidas a una clase homogénea como puede ser la clase media y media alta de la mujer blanca norteamericana que comulga con el espíritu liberal y optimista de la joven América que es, al fin, el auditorio amplio que quieren captar las liberales. No hay nada en las socialistas parecido a la organización NOW, que pretende aglutinar las demandas de este tipo de mujeres. Las propuestas socialistas van, en cambio, dirigidas a un grupo heterogéneo de mujeres con enormes diferencias educacionales y raciales. El feminismo socialista pretende llegar a un auditorio de mujeres de clases bajas y medias, emigrantes y obreras con distintas experiencias culturales, y en este contexto multirracial, multicultural y con bajo nivel educacional, hasta la misma concienciación feminista resulta difícil al tropezar, en primer lugar, con cuestiones de lenguaje. A menudo, las feministas socialistas se han quejado de que sus propuestas no son entendidas por la mujer trabajadora y de que han sido incapaces de capturar su imaginación.

Confiesa, al respecto, una vieja activista en 1984 que:

“La promesa inicial que el feminismo socialista se había hecho a sí mismo respecto a las necesidades y los problemas de la clase trabajadora de todas las razas, ha demostrado no ser posible... hemos sido incapaces de construir algo adecuado sobre las similitudes y las diferencias entre las mujeres de distintos niveles educativos y de distintas experiencias raciales...”⁽¹⁾

Esta observación resume un problema teórico importante con el que se enfrentan las socialistas de entrada, a saber, si puede hablarse de una identidad común a todas las mujeres por el hecho de serlo, más allá de las experiencias de clase, o si no puede hablarse con puridad de una “experiencia común” como si nos refiriéramos a una “esencia” femenina ahistórica. Pero si no puede hablarse de una experiencia común ¿cómo articular la lucha colectiva de las mujeres? Para ponerlo en claves cotidianas ¿tendrán algo en común las mujeres madre-trabajadora y la mujer aristócrata?

Para el socialismo clásico, la respuesta a la pregunta anterior es negativa: la sociedad se divide en clases antagonistas y las mujeres también: hay burguesas y proletarias y si el feminismo defendiera otra cosa, obviando esta fundamental división, estaría obscureciendo la lucha de clases y estaría trabajando a favor de la clase dominante. Pero ya Rosa Luxemburgo había definido a la mujer burguesa como “parásito de parásitos” y partiendo de esta caracterización, Catharine MacKinnon señala en 1981 cómo siendo la mujer trabajadora “esclava de esclavos” ya tiene algo en común con la burguesa, a saber, una experiencia de subordinación.

La reducción a la “posicionalidad” de lo que puede haber de común a todas las mujeres, se va a ir perfilando poco a poco. Más acá de una pretendida esencia común

(1) Wendy Luttrell “Socialist Feminism Today: Beyond the Politics of Victimización” *Socialist Review*. Núm. 73. Vol. 14. Enero-Feb. 1984. P. 43

femenina, lo que compartirían de hecho las mujeres sería una posición de subordinación en la sociedad, el lugar del no-poder.

EL MODO DE PRODUCCION Y EL MODO DE REPRODUCCION

El punto de arranque de toda teoría feminista socialista está en la categoría marxista de "modo de producción" (o la organización social bajo la cual un determinado pueblo vive y trabaja) para construir, por analogía, un "modo de reproducción" (o aquella organización social donde se reproduce y preserva la fuerza de trabajo, los propios trabajadores y los hijos), redefiniendo así la esfera pública como el lugar donde se dan los modos de producción y la esfera de lo privado donde acontecen las relaciones del modo de reproducción.

Señala Linda Nicholson (1987) que para las feministas el concepto marxiano de "producción" está lleno de ambigüedades. En efecto, "producción" en Marx puede referirse, tanto a todas las actividades necesarias para la supervivencia de la especie, cuanto reducirse a la creación de objetos materiales de consumo (bienes y alimentos) y, más específicamente, puede significar la producción de objetos que se compran y se venden ("mercancías"). Normalmente, el marxismo clásico emplea el término "producción" en estas dos últimas acepciones y quedan, por tanto, fuera, las tareas que tradicionalmente ha desempeñado la mujer como parir, criar niños, limpiar, cocinar, cuidar enfermos, etc.

De cualquier modo, el paradigma de la "producción" que implica una relación de sujeto-objeto en la cual un sujeto transforma, hace y conforma un objeto dado, no parece lo más adecuado para definir actividades de la mujer como el parto, la crianza o el cuidado de enfermos. Se construye, entonces, un "modo de reproducción" que da cuenta del tipo de relaciones que se producen en estas actividades de las mujeres, actividades que no son "naturales" sino sociales. El entendimiento de lo que este "modo de reproducción" implique -más allá del entendimiento marxiano del acto de reproducirse a sí mismo mediante el reaprovisionamiento necesario-, a saber, si implica solo el hecho físico de reproducir y criar a los hijos o si implica también la reproducción de las actitudes y capacidades que se requieren para tal tarea, la búsqueda de una "bases materiales" de este "modo de reproducción" y la articulación de las relaciones con el "modo de producción" son, entre otros, los temas que las teóricas del feminismo socialista van a desarrollar.

Veamos cómo va surgiendo la problemática con que han de enfrentarse las feministas socialistas de esta segunda ola de los años sesenta, desde el hilo de la historia -incluso de las anécdotas- de la Nueva Izquierda norteamericana.

DEFINIENDO EL PROBLEMA DEL SEXISMO

Lydia Sargent, la compiladora de la obra *Women and Revolution* donde se recogen importantes aportaciones del feminismo socialista norteamericano de esta época, nos habla de aquel despertar feminista de las socialistas de la Nueva Izquierda de los años

sesenta que se enfrentaron también al mismo problema que señalaba Betty Friedan en *La Mística de la Feminidad* cuando:

"Ocupadas en limpiar y decorar las oficinas del movimiento de izquierdas, cocinar para las cenas del movimiento, ocuparse de cuidar los niños, yendo a animar a los activistas en las manifestaciones, escribiendo a máquina los panfletos, contestando los teléfonos y acostándose con los líderes... temían preguntarse: "¿Esto es todo?""⁽²⁾

Las mujeres de los movimientos de izquierdas se iban dando cuenta de que su práctica política se reducía a su participación a través de los tradicionales papeles "femeninos" de madre, esposa, hermana, secretaria, musa y objeto sexual del hombre. Según cuenta Lydia Sargent, los primeros intentos de denunciar el sexismo dentro de los movimientos de izquierda resultaron infructuosos, siendo cortados con la excusa de que semejantes temas distraían de tratar problemas políticos "más importantes", yendo, como señalara en otro lugar S. Rowbothan, "contra la propia conciencia de la mujer y haciendo creer que la específica opresión de la mujer no existía".⁽³⁾ Es entonces cuando empiezan a constituirse en América hacia finales de los años sesenta y principios de los setenta, un movimiento autónomo de mujeres de izquierda con la pretensión de definir su propia teoría y de tomar su propia actitud política.

La discusión de esta nueva teoría política podría formularse de la siguiente manera: ¿cómo puede la mujer entender su peculiar opresión en un sentido que amplíe la estrechez de las categorías marxistas que focalizan la opresión en el trabajo y en las relaciones económicas? Y ¿cómo se puede desarrollar una nueva teoría que dé cuenta de la importancia de la reproducción, la familia y la sexualidad como aspectos centrales en el nuevo análisis de hoy y de los análisis del futuro?

El feminismo socialista parte del hecho de que las categorías económicas del marxismo no son suficientes para entender y explicar la particular opresión de la mujer; el marxismo es "ciego al sexo" ("sex-blinded") afirma Heidi Hartmann, la autora del ensayo clave del libro *Woman and Revolution*.⁽⁴⁾ Solamente un análisis específicamente feminista -sigue Hartmann- puede revelar el carácter de las relaciones entre el hombre y la mujer. Pero el análisis feminista por sí sólo, es también inadecuado porque "es ciego a la historia" e "insuficientemente materialista" (se refiere Hartmann al análisis feminista-radical tal y como está planteado en Firestone, por ejemplo).⁽⁵⁾

De modo que ambos análisis, el marxista con su método histórico y materialista y el feminista radical, con su análisis de las relaciones patriarcales, van a conformar la teoría del feminismo socialista. Las relaciones de clase son ampliadas con las relacio-

(2) Lydia Sargent "New Left Woman and Men: the Honeymoon is Over" en *Women and Revolution*. South End Press, Boston, 1981. P. XIV.

(3) Sheila Rowbothan *Woman, Resistance and Revolution*. Vintage Books, New York 1974. p. 12.

(4) de VVAA. Compilación de Lydia Sargent. South End Press, Boston 1981.

(5) Sulamith Firestone sitúa el principio de la opresión de la mujer en su capacidad reproductiva, dato biológico anterior a la historia y des-historiza igualmente su posibilidad de liberación en la medida en que la confía a la utopía científica. Véase su obra *La Dialéctica del Sexo*.

nes entre los sexos, a las que se confieren una importancia política dentro de la idea madre de las feministas radicales de que existe una "política sexual".

Las aportaciones del marxismo clásico a "la cuestión de la mujer" no resultan suficientes a las feministas socialistas. La obra de Engels *Los Orígenes de la familia, de la propiedad privada y del Estado* sólo implica para Heidi Hartmann, por ejemplo, que la liberación de la mujer requiere primero que ésta se convierta en trabajadora asalariada lo mismo que el hombre y, segundo, que debe unirse a su compañero en la lucha revolucionaria porque el capital y la propiedad privada son la causa de la opresión y de la explotación general y ya vimos cómo este argumento no convence porque no toma en consideración la primera opresión femenina en sus relaciones con el hombre. Respecto a la obra más reciente de Eli Zaretsky *El Capitalismo, la Familia y la Vida Personal*, piensa Hartmann que no ha centrado realmente el problema, pues si bien Zaretsky reconoce que el sexismo no es un fenómeno nuevo producido por el capitalismo, no entiende que es precisamente el hecho de la subordinación de la mujer lo que ha dado lugar a la división de los trabajos y esferas que el capital, desde luego, acentúa.

El problema que el feminismo socialista quiere poner de relieve como algo no tratado por el marxismo es, en fin, el conjunto de relaciones que se establecen entre el hombre y la mujer por las cuales ésta es dominada por aquél. Sería interesante recalcar cómo el feminismo socialista, tomando elementos de análisis de las feministas radicales acerca de una sociedad eminentemente sexista, *va a politizar lo privado*, es decir, a conferir a las relaciones privadas una categoría pública, política. La diferencia de las socialistas con el feminismo radical estribaría principalmente en que, para el feminismo socialista, el sexismo que se acusa en la sociedad va a ser definido desde una perspectiva histórica. La opresión no se funda ni en una condición biológica (como creía la radical Firestone) ni se presenta siempre bajo las mismas condiciones sociales. Por ello, el feminismo socialista propone un análisis materialista-histórico que se superponga al análisis sexista -pero "ciego a la historia"- del feminismo radical.

Cuando se habla de que lo privado tiene una dimensión pública, no se trata de homologar el espacio de lo personal con la arena de lo político o de negar que haya algo privado o algo que pueda ser llamado público, contribuyendo al reino de la confusión; lo que se quiere recalcar y sobre lo que se intenta llamar la atención, según el sentido en que apuntábamos anteriormente, es que *a través de la experiencia femenina en el reducto de lo privado se desvelan auténticas relaciones de poder entre el hombre y la mujer y que estas relaciones son políticamente relevantes*. La cuestión de "quién limpia después la oficina" no es considerada como una cuestión nimia y abandonada a instancias personales de buena voluntad y compañerismo. El sexismo se entiende como una relación de poder y el "modo de reproducción", así denominado por analogía al "modo de producción", va a hacer referencia a las particulares relaciones que la mujer sostiene en el ámbito de lo privado-doméstico, y ello es políticamente relevante desde el momento en que un determinado "modo de producción" va a constituir el patriarcado así como un determinado "modo de producción" se define

como capitalista. Las relaciones de poder que comportan tanto el Capitalismo como el Patriarcado y las relaciones de los dos sistemas entre sí, van a ser el punto de incidencia de la teoría y práctica del feminismo socialista.

LAS TEORIAS DEL DOBLE SISTEMA: CAPITALISMO Y PATRIARCADO

En busca de un mayor entendimiento en el "matrimonio desgraciado" que se establece entre el Marxismo y el Feminismo, gran parte de las teóricas del feminismo socialista elaboran la llamada "Teoría del Doble Sistema" ("Dual System Theory"), que en términos generales puede formularse del modo siguiente: Capitalismo y Patriarcado son dos sistemas paralelos que definen la opresión propia de la mujer; así como la explotación bajo el capital se basa en la apropiación de la plusvalía que genera el trabajador (trabajadora) en el modo de producción capitalista, bajo el sistema patriarcal la opresión de la mujer se basa en el modo de reproducción donde es el hombre particular el que resulta beneficiado del trabajo doméstico de la mujer (en cuanto que es un receptor de los servicios personalizados que le presta la mujer en casa, quedando liberado de los trabajos cotidianos de mantenimiento, lo que antes llamábamos "esfera de la necesidad", y en cuanto que estos servicios no se computan como "trabajo"). Pero en última instancia, el capital también sale beneficiado de un trabajo como el doméstico por el que no se paga y que, sin embargo, es fundamental para mantener al trabajador listo para seguir trabajando. En este punto, Capitalismo y Patriarcado se maridan y se refuerzan el uno al otro aunque no puedan fundirse en un abrazo final. Pero veamos en detalle las formulaciones más importantes de la Teoría del Doble Sistema y cómo salen al paso de los muchos problemas que se presentan a la hora de encontrar peligrosas analogías entre uno y otro sistema.

Las primeras formulaciones del "Dual System", si bien no reconocido como tal⁽⁶⁾, pueden rastrearse en la obra de Juliet Mitchell *Woman's State* (1971). Para Mitchell la teoría socialista ha fallado al no diferenciar la cuestión de la mujer del problema general de la clase trabajadora. La condición de la mujer -afirma Mitchell- "no puede ser derivada de la economía (Engels) ni identificada simbólicamente con la sociedad (joven Marx). Más bien ha de contemplarse como una estructura específica que resulta de la unión de diversos elementos". Ahora bien, esta estructura específica que da cuenta de la particular opresión de la mujer, no es algo fijo en una suerte de universal ahistórico: "la variación en las condiciones de la mujer a lo largo de la historia será el resultado de la diferente combinación de esos elementos"⁽⁷⁾. Los tales elementos se resumen para Mitchell en dos: *Producción y Familia* (que incluye la reproducción, la sexualidad y la socialización de los niños). Por un lado, a través de la "producción" la mujer sigue la suerte de todo explotado, siendo obligada a realizar "trabajos de mujeres" en la división primaria del trabajo por sexos y, por otro lado, la adscripción de la

(6) El nombre de Doble Sistema o Sistema Dual ("Dual System") se lo debemos a Iris Young que así bautiza a estas teorías en su artículo de 1980 "Socialist Feminism and the Limits of Dual System Theory". *Socialist Review*. Núm. 50-51. Vol. 10, núm. 2-3 p. 169.

(7) Juliet Mitchell *Woman's State*. Pantheon. Nueva York, 1974. P. 100.

mujer a la esfera privada de la familia hace de la maternidad una servidumbre convirtiéndola en labor reproductora donde el propio hijo es contemplado como un producto más. El elemento "sexualidad" da cuenta de la opresión de la mujer al convertirla en un objeto sexual y, finalmente, la socialización de los niños, dada la importancia que el psicoanálisis ha conferido a esta labor considerándola como clave para la salud mental futura, ha reafirmado la función materna de la mujer como su único destino.

Según Mitchell, la particular opresión de la mujer sólo puede explicarse desde una teoría que, como la anterior, sea lo suficientemente amplia para dar cuenta del hecho universal de la opresión femenina y, al mismo tiempo, lo suficientemente específica para no perder las peculiaridades históricas que esta opresión de la mujer ha revestido a lo largo de los tiempos. Así, por un lado, toma las categorías marxistas de la *explotación* y la *plusvalía* para explicar cómo el elemento "producción" incide en la mujer a través de la división del trabajo por sexos; y por otro, hace un análisis sociológico y psicológico de la familia que da cuenta de la peculiar opresión que la mujer sufre como madre, como objeto sexual y como aya de los niños.⁽⁸⁾

En su teoría del Doble Sistema, Mitchell da al sistema "capitalista" una realidad material al centrarlo en las relaciones económicas; pero al patriarcado le confiere una realidad ideológica en cuanto que, según ella, opera principalmente en el ámbito psicológico, siendo el responsable de la formación del "género": el niño y la niña aprenden a ser "hombre" y "mujer" respectivamente, a través de un ideal de masculinidad o feminidad que dicta y preserva el patriarcado aunque estos ideales no se correspondan a la realidad socioeconómica del momento.

ZILLAH EISENSTEIN: EL ESTADO CAPITALISTA Y PATRIARCAL

Zillah Eisenstein ve en la política del actual Estado norteamericano la encarnación de la teoría del Doble Sistema: Capitalismo y Patriarcado serían los elementos que definen la dinámica de actuación de los EE.UU. "Ello significa -aclara la citada autora- que la política social (de este país) está conscientemente dirigida, tanto a mantener un sistema social jerárquico en el cual el hombre siempre domina, cuanto a continuar una estructura económica clasista".⁽⁹⁾

La caracterización de los EE.UU. como un Estado capitalista (o neocapitalista), en el sentido usual del término, no ofrece mayores dudas, pero lo que puede no quedar bastante claro es la tesis que mantiene Eisenstein en casi todas sus obras de que el norteamericano es un Estado fundamentalmente patriarcal. A simple vista podría creerse que el estado liberal norteamericano ha funcionado de una forma notable en los últimos tiempos como mediador de los derechos formales de la mujer. Pues bien, según Z. Eisenstein un análisis que no tenga en cuenta el componente patriarcal del

(8) Cfr. Juliet Mitchell *Psicoanálisis y Feminismo*, Anagrama, Barcelona, 1976.

(9) Zillah Eisenstein "The Sexual Politics of the New Right" en *Feminist Theory: A critique of Ideology* de VVAA ed. de N. Keohane, M. Rosaldo y B. Gelpi. University of Chicago Press, Chicago, 1982, p. 88.